

Informe Mensual de Seguridad Internacional – Diciembre 2006

RESPONDIENDO AL REPORTE BAKER

Paul Rogers

La Ejecución de Saddam Hussein

Diciembre fue uno de los peores meses de bajas civiles en Irak, cerrando un año en el cual la violencia sectaria se ha vuelto mucho peor y la insurgencia contra las fuerzas norteamericanas e iraquíes de seguridad se ha acelerado. El mismísimo final del año se ha visto caracterizado por dos eventos que simbolizan estos problemas: la ejecución de Saldan Hussein y la muerte del soldado norteamericano número 3.000.

Más allá de que las investigaciones criminales y el juicio de Saddam Hussein estaban teóricamente bajo control del gobierno iraquí, la realidad es que Estados Unidos financió estrepitosamente y aconsejó en ambas operaciones. Sólo en las últimas horas de vida, Saddam Hussein fue entregado a las fuerzas iraquíes para su ejecución, siendo su cuerpo inmediatamente devuelto a la custodia norteamericana para ser transportado a su aldea natal cerca de Tirkít. La ejecución, en sí, fue manejada bajo un cierto grado de desorganización y abuso que generó sobresalto en las comunidades sunnitas, pero que también fue significativo ya que no se esperaba que la misma tuviera efecto alguno en aplacar la insurgencia.

Esto fue en marcado contraste con la matanza de sus dos hijos, en julio de 2003, y su propia detención, al diciembre siguiente. Se esperaba que ambos hechos dañaran sustancialmente a la insurgencia pero ninguno de los dos tuvo efecto alguno. En parte debido a ello, pero también gracias al fracaso de otros sucesos —tales como el fin de la Autoridad Provisional de Coalición y varias elecciones para aplacar la insurgencia—, no se esperaba que la ejecución de Hussein tuviera algún efecto considerable. Se reconoce ahora que la insurgencia ha evolucionado, en los últimos cuatro años, mucho más allá de ser un mero proyecto Ba'athista.

Para Estados Unidos y sus socios de la coalición, la secuencia exacta de los juicios y la rápida ejecución tuvo un considerable valor político. A los cargos contra Saddam Hussein, que fueron oídos primero, en relación a la matanza de más de un centenar de civiles a principios de los '90, les siguió un argumento de asesinato contra él. Fue por estos cargos que fue ejecutado. Más allá de que éstos eran cargos serios, existían delitos mucho mayores esperando ser presentados a la corte pero ya no serán oídos. Los mismos, estaban relacionados a la conducción de una devastadora campaña de *Anfal* contra los kurdos iraquíes, entre 1987 y 1989.

Durante esta campaña, decenas de miles de kurdos fueron muertos, comúnmente en ejecuciones masivas, en donde al menos 2.000 aldeas fueron completamente destruidas y las armas químicas fueron usadas contra poblaciones civiles desprotegidas. El hecho del uso de gas venenoso en la campaña de *Anfal* alcanzó su pico más alto con los ataques en Halabja y otros pueblos y aldeas kurdas, principalmente en marzo de 1988, que fueron responsables de miles de muertes.

El problema para Estados Unidos, como así también para Francia, Rusia, Gran Bretaña y otros países occidentales, fue que la campaña de *Anfal* ocurrió cuando Saddam Hussein era efectivamente un aliado de los estados occidentales, principalmente debido a que era considerado como un estado tapón contra el Irán revolucionario, peleando una amarga guerra contra el mismo desde 1980. Francia y la otrora Unión Soviética fueron los principales proveedores de armas a Irak por aquellos tiempos, Gran Bretaña fue minimalista en su condena del ataque sobre Halabja, y Estados Unidos estaba, de hecho, peleando a la par con Irak en su guerra contra Irán.

La coincidencia temporal fue extraordinaria debido a que barcos de la marina norteamericana atacaron y destruyeron una parte significativa de la marina iraní en una serie de acciones que ocurrieron sólo semanas después de la masacre de Halabja. Mientras, simultáneamente, la situación entre Irán y Estados Unidos iba en escalada, el accionar de la marina norteamericana y otros apoyos de inteligencia al régimen de Saddam Hussein indudablemente contrapesó la ventaja que Irán estaba obteniendo en la guerra, lo que catalizó el cese el fuego del gobierno de Teherán hacia fines de 1988.

Si el rol dominante de Saddam Hussein en la campaña de *Anfal* hubiese sido expuesta abiertamente en la corte, no hay duda respecto a que mucha de la evidencia presentada hubiese desembocado en la naturaleza de la relación del régimen y los estados occidentales, especialmente Estados Unidos. El bochorno fue evitado gracias al orden secuencial de los juicios y la rápida implementación de la pena de muerte.

La Insurgencia

Los ataques suicidas, secuestros, tortura y un gran número de asesinatos continuaron por todo Irak, especialmente en el área del gran Bagdad. Diciembre fue también un mes de singularmente altas bajas norteamericanas. A lo largo de todo el mes, 115 personas del personal militar de Estados Unidos fueron muertas —el número más alto de los últimos dos años y la tercera ubicación para cualquier mes desde que la guerra comenzó—. Además, ha habido particularmente una altísima cantidad de heridos en combate, casi 650 en las cuatro semanas hasta el 27 de diciembre.

Para todo el 2006, las fuerzas norteamericanas sufrieron 824 bajas y unos 5.676 heridos. Los números se acercan mucho a los del año anterior, pero estas cifras disfrazan el deterioro de la seguridad en Irak ya que las circunstancias han cambiado en dos aspectos muy importantes. En primer lugar, en gran parte de 2006 las fuerzas norteamericanas han realizado progresivamente un uso mucho mayor de la fuerza aérea, en un directo detrimento de las operaciones de patrullaje terrestre. Así, una menor cantidad de tropas estuvieron en riesgo de sufrir ataques suicida en los caminos y el fuego de los francotiradores. En segundo lugar, la protección del personal y los vehículos de las fuerzas norteamericanas ha resultado ser inmenso, especialmente en el uso casi universal del chaleco blindado personal, versiones más pesadas y robustas del jeep multi-propósitos Humvee, y la introducción del transportador blindado Stryker. Dados estos dos elementos, de hecho, la realidad durante el 2006 fue que la insurgencia se volvió más intensa, con enmarcado aumento de los ataques individuales sobre el personal norteamericano.

Durante la última parte de 2006 hubo una fuerte tendencia en Washington a identificar la Guerra de Irak como en una transición desde una insurgencia contra Estados Unidos y fuerzas de coalición en la ocupación hacia un conflicto más interno, donde las fuerzas extranjeras son las que intentan mantener la paz. Esto distaba mucho de ser la realidad, pero hay pocas dudas respecto a que esto será un tema que será mantenido en los próximos meses. Al mismo tiempo, en los últimos meses de 2006, la Guerra de Irak se convirtió en un asunto cada vez más grande en la política doméstica de Estados Unidos, culminando en los reveses políticos para los republicanos en las elecciones de mediados de término a principios de noviembre.

Luego de Baker

El informe del último mes, *Luego de las Elecciones Estadounidenses*, identificó dos características fundamentales de cara a la publicación del reporte Baker, del Iraq Study Group (ISG). Una de ellas es el intento por parte de sectores neo-conservadores de pre-publicar para estropear el trabajo del ISG antes de su publicación; y la segunda característica es la manera en la cual estos sectores se aferraron a su determinación de mantener la forzosa postura militar de la administración en Irak.

En el proceso, el reporte Baker adquirió amplia difusión publicitaria y se asumió que muchas de sus recomendaciones principales se implementarían. En cambio, se llegó a una indefinición durante nueve días, virtualmente sin declaraciones por parte de la administración Bush. De las tantas recomendaciones en el reporte, las dos más importantes fueron un retiro lento pero progresivo de tropas desde Irak, acompañado por esfuerzos intensivos de aumentar y acelerar el entrenamiento de la policía iraquí y las fuerzas de seguridad, y un acercamiento con Irán y Siria. Ninguno de estos dos puntos fue adoptado por la administración.

En el mes siguiente a la publicación del reporte se hizo claro que la administración Bush no sólo estaba ignorando el reporte sino que, de hecho, estaba desarrollando una política opuesta. Esto se relacionó con abundante evidencia que sugiere que los analistas neo-conservadores y los formadores de opinión han retenido una considerable influencia en la Casa Blanca y que sus visiones han llegado a dominar la agenda. Esto puede resultar sorprendente dado el apoyo entusiasta desde dichos sectores hacia la Guerra de Irak, a pesar de todas las dificultades enfrentadas, pero probablemente es una real indicación de las actitudes cercanas al presidente Bush y, especialmente, alrededor del vice-presidente Cheney.

La visión más común de los analistas neoconservadores es que resulta esencial para Estados Unidos el incrementar sus fuerzas en Irak a cerca de 30.000 y el mantener esa cifra por al menos 18 meses, en vez de aumentar el número de tropas sólo por seis meses. La diferencia de tiempo es crucial, ya que un incremento de seis meses podría ser mantenido a través de un re-ordenamiento de los despliegues militares, manteniendo a ciertas tropas en posición más allá de sus períodos de servicio e incorporando más tropas tempranamente, esencialmente alcanzando una alza de tropas pero por medio de una superposición. Un alza de dieciocho meses, en cambio, requeriría una rotación más rápida de tropas y un uso más intensivo de reservistas, ambos tendientes a generar problemas de ánimo en las tropas.

La visión neo-conservadora es, en un sentido, un reconocimiento del fracaso de la guerra hasta ahora, ya que lo que la subyace es una concesión de que los intentos norteamericanos de entrenar a las fuerzas de seguridad iraquíes han fallado. Es digno de destacar que este proceso, que se ha venido desarrollado durante tres años, era tenido en cuenta como la principal respuesta a los problemas de Irak. Mientras las tropas norteamericanas pudieran permanecer indefinidamente en el país, ellas serían confinadas ampliamente hacia algunas bases mayores y sus cantidades serían reducidas en grandes proporciones para servir como garantes finales de la seguridad del gobierno pro-norteamericano. La mayoría de los asuntos de seguridad serían manejados por un revitalizado ejército iraquí y fuerzas policiales. Esto ya es reconocido como política fallida; el reciente desmantelamiento británico de una unidad de fuerzas especiales corrupta en Basra es sólo un pequeño ejemplo de un dilema mucho más amplio.

Cualesquiera sean las políticas norteamericanas para Irak, es un asunto doméstico que progresivamente dominará la política en Irak —la campaña de cara a las elecciones presidenciales 2008—. Hasta hace muy poco, la visión de la administración Bush continuaba siendo que Ira era “ganable” dentro de los límites de tiempo para el segundo mandato del presidente Bush. Ésta es ahora entendida como una causa perdida, y la política para el resto del mandato presidencial probablemente sea una de limitaciones dañadas. Lo que es más esperable es un esfuerzo sostenido para menguar el grado de violencia pero sin ninguna esperanza real de solución a largo plazo. Ése será un problema para el sucesor de Bush, pero si la situación en Irak lograra ser controlada, de ser necesario mediante un incremento en el nivel de tropas, entonces ello podría asegurar, al menos, que un representante republicano se hiciera camino hacia la Casa Blanca en 2008.

Señales de Alarma sobre Irán

El segundo asunto principal del reporte Baker está relacionado con Siria e Irán. Más allá de que pueda darse un aumento de los contactos a nivel informal con la administración de Teherán, y algunos

intentos con Siria, las proyecciones se alejan mucho de lo recomendado en el reporte Baker. Efectivamente, en el caso de Irán, todo indicaría políticas más duras. A insistencia de Estados Unidos, fue aprobada una potencialmente dura resolución del Consejo de Seguridad de la ONU, aunque su completa implementación requeriría el apoyo poco probable de Rusia y China. Aún más importante, la marina norteamericana comenzó a desplegar un segundo grupo de portaviones de combate hacia el área del Golfo Pérsico/Mar Árabe. Mientras tanto, el gobierno de Ahmadinejad se adelantó con su provocativa conferencia de “Negación del Holocausto” y también utilizó las noticias del despliegue naval norteamericano para alentar el apoyo doméstico en tiempos en los que protestas estudiantiles y un declive general de su popularidad. Su respuesta a las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU fue anunciar un aumento en el ritmo de su programa de enriquecimiento de uranio.

La posibilidad de acción militar por parte de Estados Unidos contra Irán ha menguado en los últimos meses, aunque una crisis inesperada siempre es una posibilidad. Simultáneamente, el riesgo de una acción israelí ha crecido. Dentro de Israel el gobierno aún permanece preocupado por los fracasos en la Guerra del Líbano del verano pasado, y existe la posibilidad de mayores acciones en el Líbano este año debido, al menos, a la imperante necesidad de mantener la posición disuasiva de Israel mediante una apabullante superioridad en capacidades convencionales de defensa. El asunto de Irán, sin embargo, es más profundo y las eventualidades que nos acapare el 2007 podrían dictar un año propicio para la acción militar.

Ello se basa en tres cálculos. El primero, y más fundamental, es que Israel permanece dedicado a la política de no permitir a Irán a desarrollar armas nucleares. Segundo, cualquier acción contra Irán sería mejor si una administración más afín se encontrase en Washington. Si se percibe a la administración Bush como en raudo declive —en unos pocos meses— y como sentada, simplemente esperando terminar de su mandato, entonces tiene sentido llevar adelante acciones contra Teherán en los próximos meses.

Finalmente, el gobierno de Ahmadinejad es algo así como un regalo para los Israelíes, haciéndoles potencialmente más fácil discutir la necesidad de actuar. Esto no es simplemente política —la conferencia de “Negación del Holocausto” ha tocado un nervio muy importante dentro de Israel y podría llegar a hacer del apoyo doméstico a una intervención militar algo muy fuerte. El hecho que el gobierno de Ahmadinejad pueda no estar tan en contra de una intervención militar israelí, en base a que unificaría poderosamente a Irán, hace aún más probable el riesgo de una confrontación.

Es en este contexto que los despliegues militares norteamericanos pueden ser particularmente importantes. Si, a principios de 2007, Estados Unidos mantiene dos grupos de portaviones de batalla en la región y también sus fuerzas en Irak, esto le otorga un potencial militar inmediato en la región en tiempos de una posible crisis con Irán. Ello no significa que el involucramiento norteamericano en una acción israelí contra Irán sea probable. Lo que significa, en cambio, es que el Pentágono podría sospechar que cualquier respuesta iraní a una acción militar israelí también pudiera eventualmente ser dirigida contra fuerzas norteamericanas en la región. Todo esto significa que la atención inevitablemente puesta sobre Irak pudiese estar desenfocada, con Irán convirtiéndose en el foco más importante en los próximos meses.

Paul Rogers es Profesor de Estudios de Paz en la Universidad de Bradford y Asesor de Seguridad Global del Oxford Research Group (ORG). Sus informes mensuales de seguridad internacional están disponibles en Inglés y Español en el sitio web <http://www.oxfordresearchgroup.org.uk/paulrogers.htm> y los visitantes pueden suscribirse para recibirlos via e.mail mensualmente. Estos informes son distribuidos sin cargo y sin fines de lucro, pero por favor, considérese hacer una donación al ORG si Ud. se encuentra capacitado para hacerlo. Traducido al castellano por Nicolás Terradas.



Copyright © Oxford Research Group, 2007

Ciertos derechos reservados. Este informe se encuentra licenciado bajo Atribución-NoComercial-NoDerivada Licencia 2.5 de Creative Commons. Para mayor información visitar <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/>.